

Preguntas del escribiente

Javier Naranjo

Si hablo tanto de mí no es porque yo me importe mucho sino porque es el único tema sobre el cual me siento con alguna autoridad para decir algo

Luis Miguel Rivas

Les tengo pavor a las disquisiciones muy serias, muy tiesas y muy majas; creo que lo tieso y rígido sólo sirve a veces para un incómodo cuello de camisa, y no me acuerdo para qué más.

Cuando me invitaron a que hablara de escritura, me asusté. Me presentan como un escritor y no estoy muy seguro de eso. Trataré de explicar por escrito, lo que no es una falsa modestia... por escrito... ah, la paradoja. Si es escritor aquel que conoce al dedillo su lengua y la tradición que la ha construido, no lo soy. Pero sí, como lee uno en el diccionario, un escritor es el que escribe, pues sí lo sería, y si como dice Leandro Palencia “Llenar una habitación con palabras, eso es escribir”, yo también he vivido en esas habitaciones. ¡Me parece tan bueno recurrir a frases de gente inteligente que escribe las cosas mejor que uno! Ya casi no se necesita decir nada.

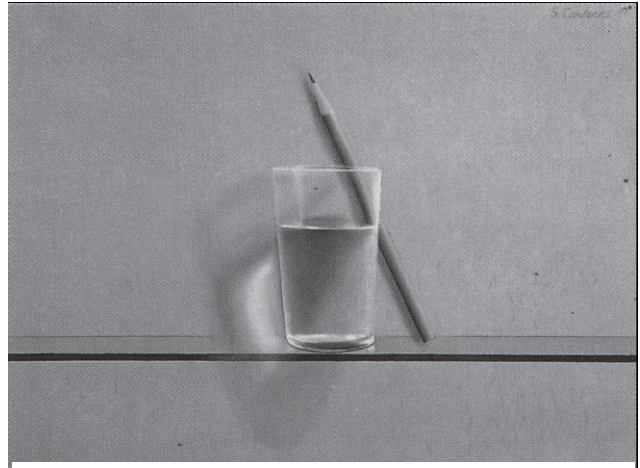
Pero por terco sigo, y convengamos algo: por lo menos culturalmente, hacemos diferencia entre ser escritor y escribir, y no vamos a ahondar en

esto. Voy a hablar primero de mi escritura porque también a eso me invitaron, y para ser fiel a lo que escribe Andrés Felipe Bedoya de ocho años: “Adulto es la persona que en toda cosa que hable, primero ella”. Después cuento de los otros a los que he propuesto que escriban. Y conversaré de poesía un poco, porque eso hago, o al menos poemas que pretenden tener poesía.

Hasta la adolescencia yo no escribí nada aparte de llenar los cuadernos de clase, porque ¿para qué hacerlo? ¿Qué sentido tenía? Desde niño fui bueno en burlar las tareas y tirarme en el sofá de la sala a dejar que pasaran las horas, del mejor modo que pasan: sin sentir las. Leyendo todo lo que se me atravesara: Emilio Salgari, Jack London, Selecciones, Julio Verne y revistas de muñequitos como las llamábamos: Hopalong Cassidy, Tío Rico, Linterna Verde, Superman. Con esas historias de otros viajaba muy lejos de ese sofá, en el que alguien parecido a mí se quedaba echado, inmóvil, mientras yo iba con Sandokán a combatir a los

Thugs, los estranguladores, devotos de la diosa Kali. La poesía no me atraía para nada, me dejaba frío con sus palabras rebuscadas y raras, puestas todas de para abajo. Yo quería aventuras para sacarme a pasear por tierras salvajes y climas extremos, mientras el niño que me contenía estaba en casa, inmune al paso del tiempo.

Pero me volví un muchacho, y una vez en el colegio un compañero me mostró en una hojita algo que me impactó con muy pocas palabras; yo le pregunté de dónde lo había copiado. Mauricio Montoya —cómo olvidar el nombre que está ligado a esa revelación— me dijo que lo había escrito él; quedé asombrado. La revelación era que cualquiera podía escribir, y que para que quedaran las historias de uno en los papeles, no se necesitaba estar muerto... previamente. Tenía esa idea para nada aguda: todo lo que uno leía lo escribieron personas que ya estaban muertas. ¿Y cómo se hacía para escribir?, le pregunté a mi amigo; “pues ponga todo lo que se le venga a la cabeza, que ahí de pronto hay poesía”. “Hay poesía...”, no entendí bien, pero desde eso empecé a emborronar papeles y sigo haciéndolo. Primero escribí lo que se me ocurría, y luego poco a poco lo que simplemente pensaba o sentía o me pasaba, y para algunos con quienes compartí esos papelitos, esas cosas se llamaban poemas que, según Octavio Paz, “son artefactos hechos de palabras capaces de emitir o contener poesía”.



Santiago Cárdenas, *Vaso con lápiz*, 1991, óleo sobre lino, 29,5 x 40,5 cm

“El poema como el caracol donde resuena la música del mundo”. ¿Y el poeta qué es? Jhon Estiven Suárez de diez años dice que “el poeta es el que dedica su vida a la poesía, al poema, incluso a la escritura”.

En esos años escribía cosas muy malas. No sé cómo puede uno decir tan orondo que eran muy malas y ¿entonces lo de ahora no? Si, como pensaba Rilke, la escritura debe responder a una necesidad, ¿necesitaba yo escribir? ¿Qué le pasa a quien, sin saber si lo que escribe es bueno o malo, sigue escribiendo? ¿Se alcanza una mayor calidad? ¿Hablamos de la estética, de las posibilidades de conmover a los otros, de la fortuna en la expresión? ¿Hablamos de potencia de las palabras, de la obtención de una voz propia? ¿Esto es el estilo? ¿Hay una mayor fidelidad a uno mismo? ¿Hay más cercanía con lo sentido, y lo pensado luego de un tiempo de escribir? ¿Se pierde la frescura con el paso de los años en el empleo de la lengua escrita? ¿Se

gana en qué? ¿Hay ahora un mayor conocimiento del idioma o del mundo? Son muchas preguntas, lo sé, yo no tengo respuestas. Y sigo preguntando: ¿y entonces los niños que escriben? ¿Y los adultos? ¿Las personas que no tienen ese hábito y que son capaces, de manera sorprendente, de hacer surgir frases agudas, giros insólitos, construcciones afortunadas, que afloran, pese a su ignorancia de los entresijos del idioma, o gracias a ello? Sabemos que hablamos de palabras no exigidas, que no son tareas, ni encargos. Entonces ¿de qué escritura hablo, de qué escritura escribo?

Pienso en quien se explora, en quien se cuenta y, a través de la inmersión en su experiencia, se ve, se encuentra y se descubre en los demás. Pienso en una verdad que es la del ser en el mundo que da testimonio de su andar, y ¿para qué? Aparece otra vez la palabra necesidad. Hay una curiosa expresión: despertar la necesidad. Luego ¿lo que yo no necesito puede ser invocado para que se imponga sobre mi voluntad y tome cuerpo? ¿Acudirá fácil el empeño, la terca obstinación? ¿Cualquiera logra despertar (o hacer nacer) esa necesidad? La urgencia de buscarse y explicarse, como si uno asistiera a ello, ¿puede ser estimulada? Se me hace que escribir es una dislocación, una especie de esquizofrenia de dos personajes, el que escribe y el que es escrito por ese que escribe. Y los dos se necesitan para ser y estar

en mayor plenitud, pero no pueden hacerlo al mismo tiempo; la escritura es testimonio de la fuga del que es escrito, y su intento de aprehensión a través del lenguaje. La escritura como tentativa siempre, porque hay cosas que sólo medran en el silencio. Recojo una expresión muy bella que menciona Graciela Montes: “el signo es la marca de una ausencia”. Y ni hablar de la ausencia y presencia en vaivén, que supone leer, porque lectura y escritura son parte del mismo movimiento. Jhonny Alexander Arias, de ocho años, escribió que el cuerpo “sirve para sentirse”. Me pregunto: ¿quién se siente a través del cuerpo? ¿Es uno? ¿Y el cuerpo no es uno? ¿Qué es, quién es? Y si el cuerpo, como dice también Jhonny “es para uno recostarse”, ¿somos dos entonces? ¿Y la escritura daría cuenta de esta escisión y de la búsqueda desesperada de la unidad que perdimos, como podría contarlo también el mito de Platón, del andrógino que fue desunido? ¿O el mito cristiano de la expulsión del paraíso puede ser una metáfora de esa disociación, cuando supimos dizque del bien y del mal? Especulo, discúlpenme, yo no tengo las luces para poder mirar bien esto. Pero creo que la escritura intenta también restituir plenitud y apaciguar los miedos. Y habla igualmente de escozor, y da noticias de carencia, de imposibilidad y dudas. Tantas veces cuenta de rabia, desiertos, distancias.

Diarios de la experiencia del ser para habitar el mundo a través de los signos.

En esos años de muchacho escribía en cuadernos que llevaba a todas partes, para que cuando llegaran las palabras me cogieran con un papel cerca, y deponer la mirada sobre mí, y descansar de la enferma vigilia, escribiéndome. Porque hay una paradoja: escribir te cuenta y a la vez te libera de vos, y entrás a ser parte de algo que ya no sos y sí, pero en el mundo, e indistinto. Comunión y reposo de la tiranía del yo. Recuerdo una expresión de Juan Domingo Argüelles mencionando a la escuela: "...y en donde leer es generalmente una obligación y no una pérdida". Él habla de lectura, pero sabemos que escribir participa del mismo río de palabras, en el que convinimos nadar plenos y ahogarnos también. La escritura reinventa al lector. Dice la Real Academia Española que pérdida es: "acción de perder o perderse. Ruina o daño grave en lo temporal o espiritual. Pasión desenfadada de amor. Condenación eterna. Desbarate o desarreglo en las costumbres o en el uso de los bienes temporales. Causa o persona que ocasiona un

daño grave". Como ven, no hay casi nada bueno (salvo la pasión que arrastra), pero creo que Argüelles habla de pérdida del yo, de distracción por vértigo, de alivio y viaje en aventura, del canto de las sirenas con noticias de delirio y arrebató. Habla del entusiasmo de los románticos. Perdición en el disfrute de otra comarca de sueño y vida posible. Perderse en otros mundos, ser otros seres momentáneamente. Vivir otras vidas. Y esto habla de la lectura y por igual de la escritura, porque en ellas, en esa oscilación entre el afuera y el adentro hay un ser que se reconcilia y se extravía. Se recoge y se esparce en oleadas. Y ahora llega otra palabra: esparcimiento; sano esparcimiento dicen, y es porque debe haber insano, claro. Y aquí hay algo más de índole moral en el uso que el establecimiento hace del idioma. Pero esparcirse es no concentrarse, soltar el fardo de la tensión y descansar. Esparcirse, irse, perderse, exiliarse de las contingencias inmediatas en la escritura y la lectura, para asistir por el poder del lenguaje al encuentro de sí en los otros, en el mundo de la vida.



Santiago Cárdenas, *Botella con brocha*, 1990, óleo sobre lienzo, 50 x 70 cm

de escuelas del oriente de Antioquia. Jugando con palabras y lecturas y clases en las que podía darme el lujo de no calificar, ni gritar, ni imponer nada, les pregunté por el significado de algunas cosas, activando su imaginación con la extrañeza: “soy un extraterrestre”, les decía, “que escuchó unas palabras raras cuando bajó de su nave; díganme, por favor, qué significan”. Pasé más de diez años recogiendo sus frases para luego publicarlas en un libro que tomó su nombre de una de sus libres asociaciones. Al pedirles que dijeran qué es el universo, Carlos Gómez, de doce años, escribió que era “la casa de las estrellas”. Entendí entonces el poder de sus voces, y tomé un camino en el que aún sigo

niños encontré poesía. “El niño se siente hijo del cosmos cuando el mundo de los hombres lo deja en paz. Y es así como en la soledad, cuando es señor de sus ensoñaciones, el niño conoce la dicha de soñar, que será más tarde la dicha de los poetas”, escribe Bachelard. Hay tantas definiciones de lo poético, y yo no voy a atreverme a agregar otra más; no recuerdo quién dijo que la poesía es la palabra desinteresada, y así son también las expresiones de los niños, y no hablo de melodías, ni de las habituales ñoñeces sobre su candor y cosas así. Sus textos son poderosos por muchos motivos: la fortuna de sus quiebres sintácticos, el asombro que viven, el mundo pleno de

correspondencias que nos develan, la ignorancia de las reglas del lenguaje que les permite escribir con frescura, la incipiente conciencia de su idioma, su carencia de prejuicios, la renovación de las palabras que ya hemos gastado, y su lógica en su “rigor” ilógico. Algo hay ingenuo, limpio y potente en su mirada. ¿O no nos revela poesía la expresión de Catalina Taborda, de siete años, cuando escribe que “sombra son los movimientos de cada persona en la oscuridad”? Leyéndolos, recuerdo la expresión gastada de que si un pájaro pensara en su vuelo, se caería. A lo mejor, los que tanto reflexionamos en nuestro quehacer, y tenemos esa fiebre con las palabras, hemos perdido muchas cosas escribiendo, enredando y enredándonos en el laberinto del lenguaje. Tornándonos serios, tiesos, muy importantes escritores, ocupado cada uno en erigir su estatua con pedestal de polvo y aire. En la cartilla Rafael Pombo del Ministerio de Cultura de Colombia, leo: “Nunca como en la infancia estamos tan cerca de realizar plenamente lo que más tarde intentamos en vano hacer los escritores”.

Pensemos ahora juntos en la escritura en la escuela, donde la imaginación, la creatividad y la fluidez se estrellan contra el afán de juzgar lo escrito a la luz de lo sintáctico, ortográfico y gramatical, en mengua de la comprensión de la totalidad. ¿Por qué no mirar primero la riqueza del tejido de palabras y silencios, para luego,

según los convenios que hicimos para la escritura, entrar a corregir el texto que surgió natural?

Por rescatar una tranquila manera de estar con el lenguaje, el juego, la invención feliz, por esos hallazgos afortunados, y la hondura y la percepción de una realidad enriquecida, nos empeñamos en nuestra biblioteca en invitar a escribir a todos: campesinos, ejecutivos, bibliotecarios, docentes, promotores de lectura, niños. Nos invitamos a escribir y a aprender en lo que escribimos.

Trabajo en la Biblioteca y Centro Comunitario Rural Laboratorio del Espíritu, en la vereda Pantanillo de El Retiro-Antioquia, donde hacemos talleres en artes y oficios, en los que siempre están vinculadas la escritura y la lectura. Leemos mientras los muchachos tejen, cuando disfrutan las formas del barro, en la hora del cuento —claro—, en culinaria, en clases de repostería, cuando llegan los chicos de la vereda Lejos del Nido y empiezan su clase de guitarra. Leemos para que el silencio y las imágenes que se instalan mientras hacen, preñen también de silencio e imágenes sus objetos, y que en ellos quede algo del ánimo de cada creador. Escriben en bitácoras que tiene cada taller, cuentan de su vida, de los caminos que recorren para encontrarnos, de sus dificultades y sueños. Escriben los cultivadores de aguacate que reciben un taller de manejo de

los computadores y agricultura, dibujan, pegan fotografías. Escriben los niños, los señores, las amas de casa, los campesinos de todas las edades. Una extraña pulsión nos contagia.

¿Pero cómo se acercan los hombres y las mujeres a la escritura? Daniel Fabre ha señalado contrastes; él dice que en Europa “desde los estratos más poderosos hasta los medios populares, las mujeres han sido las iniciadoras y las actoras, en lo cotidiano, de una modificación del comportamiento y la sensibilidad hacia un control de la violencia, una regulación de sí, de sus impulsos, y una valorización de la interioridad, apoyada sobre una relación particular hacia la lectura y la escritura”. Y esto no pasa sólo en Europa, sucede en todas partes, pero la diferencia entre hombres y mujeres en este sentido ¿es genética, cultural? Un poco de todo eso, creo. Hay algo en lo femenino que permite con mayor entrañeza (permítanme la palabreja), reconocer la propia voz, revivir la íntima experiencia, situarla en el mundo, escribirla. No advierto aún en los niños y niñas una marcada diferencia, pertenecen todavía al anima mundi, iremos enajenándolos y poco a poco la voluntad de los niños (más que la de las niñas) se distanciará del diálogo interior para volcarse al afuera competitivo, que ciega el adentro.

Con un trato apacible y sin misterios, invitamos siempre a quienes participan en nuestros talleres

a que pierdan el miedo a la hoja en blanco. Ese temor tan común para el que está familiarizado con la escritura y para el que nunca se expresa en ella, pero obviamente por distintas razones. Les proponemos que se abandonen despreocupados, para asistir, en toda su fuerza y cándida verdad, a sus textos completos, sin intervenciones. Recordemos que el sentido primero de cándido es puro, limpio. No corregimos ortografía, ni agregamos, ni quitamos palabras. En el momento en que de pronto se van a publicar sus escritos, conversamos con quienes los hicieron, para mirar juntos, sobre todo la ortografía y la puntuación. Admiramos de tal manera su voz escrita, tan cercana a la oralidad, que respetamos al extremo sus virtudes expresivas. Y ellos, en la fiesta que hacemos con sus hallazgos, sienten que valoramos sus palabras y, alumbrados por ellas, tratamos de entender sus vidas para acompañarnos. Nos escribimos y nos leemos para pensarnos, para ir con una mirada más atenta por las vidas. No estamos empeñados en formar artistas, sólo queremos enriquecer y comprender mejor nuestros andares.

Escuchemos a dos muchachos que asisten a nuestra biblioteca:

Natalia Villa de diecisiete años: “Para mí escribir es la mejor forma de expresarme, de decir lo que siento, de mirar las cosas desde otro punto de vista, ya que esto me lleva a otro mundo...Inclusive cuando estamos tristes, podemos escribir algo que genere alegría hasta en otras personas. Cuando estamos enamorados, escribiríamos algo que tenga que ver con el desamor, y creo que esto pasa porque tenemos miedo de sentirnos como en realidad nos sentimos, o previniendo algo que podríamos sentir”.

Y Ángela Dahiana Oquendo de diez años: “Para mí escribir es sentirme viva, llena de inspiración. y porque me siento como en un sueño donde hay mucha alegría, donde no hay tristeza, donde hay fantasía”.

Acudo a Bachelard de nuevo; es que lo dice tan bueno: “Hay que reconocer la permanencia en el alma humana de un núcleo de infancia, de una infancia inmóvil pero siempre viva, fuera de la historia, escondida a los demás, disfrazada de historia cuando la contamos, pero que sólo podrá ser real en esos instantes de iluminación, es decir en los instantes de su existencia poética”.

Quiero agregar —y para fortuna de todos aquí termino—, que alguna vez me preguntaron qué me había dado la escritura de los niños para lo

que yo escribo. Contesté que soy muy serio, trascendente, pesado, y que ojalá pudiera tener el desparpajo, la tranquilidad, el gozo sin fardos, ni prevenciones, que tienen los niños, que no desesperan por merecer el nombre de escritores, para que lo que hacen encuentre verdad, belleza, hondura, poesía.

Javier Naranjo Moreno (Medellín) es un poeta, maestro y gestor cultural. Ha publicado los libros: Orvalho (en coautoría), Silabario, Casa de las estrellas, Gulliver, Lugar de cuerpo ciego, A la sombra animal y De parte del aire. Este texto fue leído en el Seminario “La cultura escrita: panorama en torno a la función de escribir”, organizado por el Área Cultural del Banco de la República el 2 de agosto de 2012. Lo publicamos con su gentil autorización.